

## El periodismo en la era de las desigualdades

Carlos Zeller Orellana<sup>1</sup>

**Resumen:** El periodismo y el campo mediático son actores clave de la construcción social de las desigualdades sociales. La percepción social de la pobreza, la riqueza y de los mecanismos que las crean se forma en un proceso de continuo conflicto político y simbólico que se traslada a la opinión pública de cada sociedad.

**Palabras clave:** Democratización, desdemocratización, periodismo, campo mediático, desigualdades, pobreza, riqueza, proceso de enmarcamiento.

**Abstract:** The media and their own environment are key players in the construction of social inequality. The social perception of poverty, wealth and the mechanisms that generate them is built in a continuous process of political and symbolic clash. This process has a direct impact on mass opinion in each society.

**Key words:** Democratization, de-democratization, journalism, mass media, inequalities, poverty, wealth, framing processes.

**Resum:** El periodisme i el camp mediàtic són autors clau de la construcció social de les desigualtats socials. La percepció social de la pobresa, la riquesa i

---

<sup>1</sup> Profesor de Periodismo Social (UAB) y miembro del *Observatori del conflicte social*.  
[czeller@hotmail.com](mailto:czeller@hotmail.com)

dels mecanismes que les creen es forma en un procés continu de conflicte polític i simbòlic que es trasllada a l'opinió pública de cada societat.

Paraules clau: Democratització, desdemocratització, periodisme, camp mediàtic, desigualtats, pobresa, riquesa, procés d'emmarcament.

“La pobreza de nuestro siglo no halla parangón con la de ningún otro, pues no es una pobreza, como la de otros tiempos, consecuencia de una penuria, de una escasez natural. Forma parte, por el contrario, de una tendencia mundial a la expansión, justo cuando la palabra *regreso* parece definitivamente perdida, o tergiversada. [...] La democracia es una demanda política. Y es algo más. Una demanda moral, una petición de derechos civiles cual lo es el de decidir por qué criterio una acción concreta ha de ser considerada buena o errónea. La democracia brotó del principio de consciencia, y no, como pretende hacernos creer la libre economía de mercado, del principio de elección –si es que eso es un *principio*– de lo trivial”.

John Berger

“La explotación, el acaparamiento de oportunidades, la emulación y la adaptación que incorporan categorías asimétricamente pareadas promovieron a lo largo de milenios la mayor parte de la desigualdad que los historiadores atribuyen por lo común a diferencias individuales de capacidad o emprendimiento. Estos principios causales se combinan con un vasto registro histórico para brindar el medio de construir descripciones contrafácticas de la desigualdad persistentes: formas de desigualdad o igualdad que existieron en algunas épocas y algunos lugares, que podrían haber existido, que podrían existir hoy, que podrían tomar forma en el futuro”.

Charles Tilly

## Introducción

La Gran Recesión iniciada en 2008 puso de manifiesto en los países del núcleo del capitalismo el problema de las desigualdades y sus efectos desestructuradores sobre la vida social así como su impacto desdemocratizador sobre el sistema global de sociedades, y en los países de la OCDE en particular.



Esta década de crisis arroja un balance frío de devastación social y de erosión de los cimientos que soportan la ciudadanía. En Europa del Sur, en la UE, en Norteamérica y todas las regiones de capitalismo avanzado se ha consolidado esta pauta regresiva. En el Sur Global se publicitan mejoras en las condiciones de vida de una parte de la población que, en ocasiones, corresponden a evoluciones reales en el plano económico o a la reorientación de las políticas redistributivas en el marco de nuevos liderazgos políticos, tal y como ocurre en algunos países de América Latina. Sin embargo, en la mayoría de casos, en estas regiones del mundo se trata, principalmente, de espejismos inducidos por los modelos de medición estadística y por los cambios en la conceptualización con la que se describe la desigualdad y la pobreza.

En España los indicadores del impacto social de la crisis son múltiples, algunos contienen lo esencial del daño producido: desempleo masivo, precarización extendida a amplios grupos de población, empobrecimiento de personas activas laboralmente (emergencia de la categoría trabajador pobre), debilitamiento de derechos sociales, segmentación de condiciones de acceso y mercantilización de bienes públicos básicos. En gran medida, se ha producido el debilitamiento de la clase media por su menor peso demográfico en la estructura general de clases, porque una parte de ella ha sido empujada hacia la pobreza y en algunos casos incluso hacia la exclusión social. Y lo que se ha producido también es precisamente la erosión continuada de los sillares sobre los que se asentó durante décadas la posición de la clase media-media, además del deterioro de sus condiciones materiales, especialmente mediante la devaluación continuada de la educación universitaria y del capital cultural al que había conseguido acceder hacia el final de las décadas en las que se aseguró su ascenso y su posición relativa de privilegio.

El cambio socio-urbano conocido como *elitización* ha irrumpido con fuerza en las grandes ciudades de España. Se ha procedido, literalmente, a expulsar a segmentos de población de la ciudadanía social<sup>2</sup> y —en algunos casos límites como es la situación de las decenas de miles de familias que han perdido sus viviendas— llevarlos a la exclusión social. En otros grupos, los efectos de expulsión reconfiguran su posición en la estructura social. Este es el caso de la enajenación de un bien básico como es el acceso a la vivienda y la pérdida del

---

2 La ciudadanía entendida no como rol político sino como posición social ligada a un nivel material suficiente para articular derechos y poner en activo el disfrute de un cierto nivel de bienestar social, que incluye necesariamente un grado de información y de capacidad para participar en la vida pública.

derecho a permanecer en las ciudades en que, hasta ese momento, se ha vivido y se ha enraizado la vida.

En la fase neoliberal de máxima acumulación anterior a la Gran Recesión, la ciudad no ha podido ser articulada como bien común, como espacio compartido, porque sometida a intensas dinámicas de valoración capitalista y de especulación. Vivir en la ciudad deviene así, crecientemente, en un privilegio y en un bien al que se accede principalmente a través del mercado. La expresión máxima de este proceso se conforma con la idea de ciudad-marca que, destinada a ser vendida en el mercado global, contiene en sí misma los procesos de expulsión de grupos sociales enteros. Este proceso lleva implícito la activación de un nuevo clivaje para el conflicto social, y que se concreta en torno al derecho a la ciudad<sup>3</sup>.

La fractura social se hace visible, sin empacho, con una *megaclase* que exhibe y celebra todos sus excesos de poder (materiales y simbólicos) ante sus víctimas, las familias desahuciadas de sus hogares, para las que no hay actos de celebración sino que sólo quedan públicamente reflejadas en la letanía de los informes anuales de la organizaciones de asistencia social, y contabilizadas por las frías estadísticas que hablan del desempleo y de las carencias básicas que padecen. Este es, en concreto, el nuevo clivaje, propio de las sociedades del ámbito de los países de capitalismo avanzado.

Ante este panorama, ¿cómo actúan los medios de comunicación y el periodismo? No son sólo un simple mediador comunicador, al contrario, forman parte de la dinámica social e intervienen, siempre, marcando en ella una dirección u otra. El modo en que participan es complejo, ni simple ni lineal,

---

3 David Harvey conceptualiza el derecho a la ciudad como “algún tipo de poder configurador del proceso de urbanización, sobre la forma en que se hacen y rehacen nuestras ciudades, y hacerlo de un modo fundamental y radical”. Harvey (*Ciudades rebeldes: del derecho de la ciudad a la revolución urbana*, Akal. Madrid, 2013) conecta directamente los procesos de valoración capitalista de las ciudades con la dinámica global del capitalismo. En su análisis proyecta sobre los espacios urbanos en crecimiento el concepto elaborado por Pierre Bourdieu de *capital simbólico* y lo operativiza en el cambio socio urbano de varias ciudades, entre ellas Barcelona (páginas 151-167). El auge de esta ciudad en el sistema de ciudades europeas, Harvey lo asocia con “la continuada acumulación de capital simbólico y de marcas de distinción”. Los indicadores de éxito de esta estrategia son claros y se visualizan principalmente en la actividad económica local y global. El resultado es la monopolización de la renta urbana generada en una ciudad que es el producto del esfuerzo colectivo y de grupos sociales muy diversos.

porque participan en la labor de construcción de los planos simbólicos y públicos en los que se mueve el conflicto social generado por las desigualdades sociales: porque detectan, ocultan, u otorgan legitimidad a los mecanismos que las crean, porque potencian o atenúan el conflicto, porque son las plataformas de la exhibición del poder de los poderosos o, en algunos casos, sirven de instrumento para la representación de la fractura social.

El campo periodístico en su conjunto convierte a sus profesionales en los actores privilegiados del conflicto simbólico en torno a la legitimación política y social de la desigualdad. Porque tienen un rol fundamental en la construcción del sistema de valores y en la formación de la opinión pública que hace más o menos tolerable un determinado umbral de desigualdad en un momento concreto, porque son una pieza clave de la gestión comunicativa de la desigualdad en el marco de la competencia política y en el juego de los actores del sistema político. En definitiva, son decisivos en la percepción social de la desigualdad y, derivadamente, en la consecuente auto ubicación de personas y colectivos en una escala de clases sociales.

En el campo periodístico<sup>4</sup>, como en todo campo marcado por las estructuras del poder social, no se actúa de manera autónoma, al contrario, la autonomía periodística para la información es, antes que nada, *una posibilidad* sujeta a la activación de tensiones en medio de un juego de poder que contiene riesgos y oportunidades, y en el que el periodista tiene que participar.

Las demandas sociales sobre el necesario rol democrático que ha cumplir la información en relación con la pobreza y la riqueza (y en general, en relación a cualquier tema social), atendiendo al contenido y a la forma en que estas cuestiones pueden ser explicadas, emplazan a los periodistas e informadores (antes que a los medios o la industria de la información en general<sup>5</sup>) a cumplir

---

4 Ver “Los medios y la formación de la voz en una sociedad democrática”, Carlos Zeller. *Anàlisi* nº 26, UAB, Bellaterra, 2001.

5 Zaller (2014) valora como un mecanismo de apertura informativa la potencial disposición de los mismos periodistas a informar transgrediendo los marcos de referencia preestablecidos. Este análisis lo fundamenta en la reorientación paulatina que se fue dando en la información de la guerra de Vietnam (Zaller, 2014: 31-37). La experiencia comunicativa de los nuevos movimientos sociales basada en una comunicación directa con algunos periodistas para difundir sus acciones colectivas también apunta a esta lógica que presupone un cierto grado de autonomía de los informadores respecto de sus medios y, sobre todo, de los marcos en los que toman forma las informaciones. Esta misma estrategia se prolonga actualmente en

con su papel de servidores públicos. La pugna viene de lejos y continúa: la autonomía periodísticas y, sobre todo, de los periodistas requiere reformular los términos del contrato, implícito, que establece la función social de los medios y el rol del periodismo en una sociedad democrática que, hoy por hoy, se define desde parámetros de poder y de relaciones de fuerza. En momentos de crisis, sin embargo, estas relaciones se pueden ver alteradas por pequeñas modificaciones en el sistema de actores y abrir consecuentemente ventanas para poner en valor espacios de autonomía. Por otra parte, no puede desdeñarse el rol de la ética y de la moral como fuerza que lleva a muchos/as periodistas a ejercer, o a intentarlo en un forcejeo continuo, la función democrática de su oficio. De hecho, en el espacio de desigualdades que se ha perfilado en el proceso que va de la Crisis a la llamada postcrisis actual, parece que las relaciones del contrato social de los medios se reformula, o al menos vuelve a estar en cuestión. En concreto y en este sentido, podemos encontrar algunas informaciones periodísticas sobre las desigualdades elaboradas de forma cuidadosa, documentada y atenta a la necesidad de dar voz a quienes no la tienen. En ocasiones estas informaciones se concentran en medios que tienen un determinado perfil, pero en ocasiones aparecen en medios con orientaciones conservadoras o que ejercen con pocas mediaciones un rol de actor político en los procesos causales de las desigualdades.

El carácter minoritario de este tratamiento periodístico responsable no resta su valor. Porque, además de aportar información objetiva y contribuir, de esta

---

la acción de los movimientos de lucha contra la pobreza y las desigualdades a través de la búsqueda continuada de complicidades en la interlocución directa con los periodistas. Esta acción de los movimientos sociales tiene un efecto, probablemente no buscado, de refuerzo de los márgenes de autonomía de los periodistas que devienen canales habituales de información. De alguna manera, esta situación crea una nueva "geografía" de la información que se superpone a la que dibuja el propio campo mediático. Estos nuevos "mapas informativos" se localizan en forma de *nodos* dispersos que anidan, en muchos casos, en los mismos medios convencionales. Lo novedoso es que, desde la perspectiva de los públicos y lectores, la credibilidad reside ahora en el propio informador/ra más que en el medio. Este cambio, que se sintetiza en lo que hemos llamado *periodista de referencia* (concepto que alude a un informador que ejerce su oficio con autonomía y desde el respeto al *contrato de verosimilitud* de los hechos descritos y que puede ser una persona o un colectivo), que es una de las líneas que define la nueva sociología del periodismo y que puede funcionar como un mecanismo de reproducción de públicos atentos y de revitalización democrática de la opinión pública. Lo limitado, en muchos casos y hasta ahora, del proceso no le resta su importancia como línea de fuerza que contribuye a construir nuevos mecanismos de autonomía para la información.

manera, a iluminar mecanismos causales de las desigualdades, introduce un cierto principio de *economía moral* (tan contrario a lo que se ha preconizado con el auge neoliberal) que parece estar presente en el periodismo esas contadas ocasiones. La práctica de tal principio consigue, mediante la información, no revictimizar a las víctimas de los ajustes económicos, y contribuye a democratizar el mecanismo de formación de la opinión pública al replantear la jerarquía y diversidad de problemas públicos sobre los que ésta pivota. Pero, sobre todo, contribuye a mantener viva una representación típica ideal de la función social de la información en una sociedad democrática, y contribuye a mantener y reproducir la generación de públicos atentos dotados de voluntad política y con capacidad para leer la actualidad desde parámetros comprensivos.

### **La construcción social de las desigualdades en la gran recesión**

Las desigualdades sociales ciertamente no son un hecho reciente de la historia humana. Situándonos en el mundo contemporáneo, acompañan al capitalismo industrial desde su nacimiento, así quedó descrito el siglo XIX desde el campo de la filosofía, por ejemplo, en las crónicas de Karl Marx. Y también durante todo el siglo XX las desigualdades marcaron la vida política en cada una de las sociedades del sistema capitalista en la medida en que se constituyeron, en distintos planos y escalas, en el clivaje principal sobre el que articuló el conflicto político y económico.

La literatura también nos ha dado descripciones, en el mismo sentido, de las condiciones de vida imperantes en el capitalismo, baste señalar, aquí, desde los *tiempos difíciles* de la población inglesa durante la Revolución Industrial descritos por Charles Dickens, hasta la miseria urbana del París, capital cultural de la Modernidad, que narró Emile Zola. Así mismo, y desde otro campo, han pasado a formar parte del imaginario cultural y social de la cultura popular las imágenes de la devastación social provocada por la gran crisis de la década de 1930. En este caso la fotografía social y el fotoperiodismo son los que nos han facilitado esta visión que, como campos culturales, alcanzan su punto de madurez y desarrollo en esa misma época; madurez que, por otro lado, es resultado del desarrollo de un proyecto conscientemente asumido de documentar las formas de supervivencia que ponían en prácticas grandes grupos de población. En definitiva, contamos con múltiples documentos (de la filosofía, la sociología, las ciencias sociales en general, el periodismo, la fotografía, o la literatura) que dan cuenta de que la desigualdad es, a lo largo de ya más de dos siglos, el clivaje principal del capitalismo industrial y

postindustrial. Los años de la postguerra hasta la crisis de la década de 1970 son un paréntesis breve de reducción de desigualdades, de creación de espacios en los que prevaleció la seguridad social, pero en gran medida sólo limitado al área de la OCDE.

Colocándonos ya en el presente de las últimas casi cuatro décadas, desde el inicio de la globalización económica y del neoliberalismo, también contamos con una pléyade de escritores/as, pensadores y analistas que han seguido retratando de manera descarnada los destrozos sociales provocados por la dinámica capitalista, al punto que estas obras son una fuente importante de la historia social reciente y, seguramente, serán referenciadas en el futuro.

Lo novedoso de la situación actual es que la desigualdad irrumpe ahora como problema político en el marco de las llamadas sociedades de bienestar; que se va encarnando en los debates políticos y mediático, y que se abre como una de las líneas de frente que estructura crecientemente los conflictos en la formación de las opiniones públicas. La percepción social de la desigualdad se traduce en una creciente sensación de que los desfavorecidos ven cómo su situación se deteriora crecientemente y, por contra, los grupos sociales más favorecidos ven cómo mejora su posición de manera progresiva y en todos los indicadores que componen la calidad de vida.

El Observatoire des inégalités ([www.inegalites.fr](http://www.inegalites.fr)) analiza la evolución de la percepción social de las desigualdades en Francia a partir de la revisión de una serie de encuestas de condiciones de vida y de opinión pública en una serie que abarca de 2000 a 2013. Las diferencias en el acceso a los cuidados médicos y las dificultades comparativas de acceso a la vivienda son consideradas como las más acuciantes y las que tienen una peor evolución. Otra encuesta que compara la percepción social de la desigualdad en 12 países (realizada en 2010 por la Fundación Jean Jaures de Francia) refleja una percepción generalizada de que las desigualdades se han radicalizado. Esta percepción generalizada no se corresponde con la realidad difuminada que muestra la encuesta, porque queda enmascarada en los datos particularizados de la desigualdad en cada país de referencia y variables según sea su respectivo su modelo social. Serge Paugan analiza la evolución de la percepción de la pobreza y la desigualdad en la Unión Europea en las décadas de 1980, 1990 y 2000 a partir de los datos del Panel de Hogares Europeos y de algunas encuestas de opinión específicas sobre el tema. Los datos considerados por Paugan muestran una creciente visibilidad social de



la pobreza y una auto percepción de pobreza que en la mayoría de países es superior al valor estadístico de pobreza objetiva<sup>6</sup>.

La desigualdad provocada por la Gran Recesión en el área de la OCDE se acompaña de un intenso proceso de freno a la democratización de la esfera política y económica a través de la enajenación de espacios de decisión política que se suplantán por mecanismos burocráticos –ajenos a la deliberación y al control democrático– o por simples imperativos de mercado gestionados por la burocracias estatales o comunitaria en el caso de la Unión Europea<sup>7</sup>. En la esfera social, este freno a la democratización se ha traducido en muchos casos en desdemocratización (o una vuelta atrás en los derechos conquistados) que se expresa en múltiples planos y se visibiliza en innumerables indicadores. Aquí mencionaremos dos que tienen un carácter liminar. La acentuación de la dinámica social que produce personas inempleables y la consecuente creación de espacios sociales cada vez más amplios que “ocupan” a estas personas en actividades que están en los límites de las normas aceptadas. Como es el caso de Estados Unidos con su institución carcelaria que –ya desde la década de los

6 Pagan (2007) no considera el impacto de la Gran Recesión ni las informaciones periodísticas profusamente difundidas sobre los efectos macro sociales que tienen los sucesivos planes de ajuste en Grecia en las opiniones públicas de los países de la UE.

7 La creciente incompatibilidad entre democracia y capitalismo tiene una evolución larga, pero se acelera a partir de la década de los ochenta. La frase de la primera ministra británica Margaret Thatcher “no hay alternativa” constituye el anuncio de un nuevo tiempo en el que la deliberación democrática sobre las decisiones económicas llegaba a su fin. Espacios que condicionan directamente la vida de las personas se sustraen a la política, al control ciudadano y a la deliberación pública. Wolfgang Streeck (*Comprando tiempo: La crisis pospuesta del capitalismo democrático*. Katz, Madrid, 2016) enmarca, por ejemplo, la creciente reducción de la participación electoral de las clases bajas en esta evolución. “los perdedores del giro neoliberal no alcanzan a ver que podrían esperar de un cambio de gobierno; la política de la ausencia de alternativa (“There Is Not Alternative”) propia de la globalización llega hace tiempo a la base de la sociedad, allí donde votar no hace ninguna diferencia a los ojos de los que podrían tener mucho para ganar de un cambio político [...] La resignación política de las clases inferiores protege al capitalismo de la democracia y consolida el giro neoliberal”. Streeck alude a lo que llama “fracaso real de la democracia”. Responsabiliza de este fracaso a la propia democracia y a la política democrática al no oponerse a lo que, en sus palabras, fue una “contrarrevolución que se llevó a cabo contra el capitalismo social de postguerra. [...] Se olvidó así que la compatibilidad del capitalismo con la democracia, considerada natural, era extremadamente limitada, y sólo podía conseguirse en el marco de una regulación más severa y más eficaz del capitalismo” (págs. 63- 64 y 80-81).

70– funciona como medio de regulación social y de sometimiento de poblaciones con marcadores raciales. O en Europa, con la estremecedora expansión de la esclavitud sexual que asegura el marco de una nueva industrialización del ocio masculino. O, también, en distintos lugares del planeta el tráfico de personas es una actividad que se ha hecho abierta, porque se desarrolla a gran escala y porque está quedando consolidada como actividad directamente conectada con la economía normalizada. El trasfondo de estas evoluciones es la dinámica social y económica que crea grupos de población – con parámetros de género, raza y clase social– “inintegrables” en la vida social, pero que son imprescindibles para una gama muy diversa de actividades económicas, en algunos casos conectadas con economías criminales<sup>8</sup>.

Todas estas evoluciones sociales concitan la atención de analistas sociales y observadores de la realidad social. Por ejemplo, una revisión de la producción editorial en el período de la Gran Recesión, comparada con la de crisis anteriores, como la de la década de los años 70, arroja una fuerte prevalencia de la desigualdad –bajo distintos enfoques– como tropo central del análisis social y de las ciencias sociales en general. Göran Therborn afirma que la desigualdad, en el sentido complejo y multidimensional en que la entendemos ahora, estuvo ausente de los trabajos de las ciencias sociales y en particular de la sociología clásica hasta las últimas décadas del pasado siglo<sup>9</sup>. Este mismo

---

8 Ver la obra de Saskia Sassen, *Expulsiones: brutalidad y complejidad en la economía global*, Saskia Sassen. Katz, Madrid 2015. La autora conceptualiza como expulsión el proceso de aislar y situar en los límites de la sociedad a amplios grupos de población que se ven afectados por la dinámica creada por la Gran Recesión, por evoluciones geopolíticas o el desarrollo de actividades económicas tales como la compra masiva de tierras, explotaciones extractivas que hacen inviable la vida en los alrededores, reconfiguraciones económicas que vuelven inenempleables a millones de trabajadores/as. La autora revisa en forma de crónica abierta la situación de amplios grupos de población que, en su terminología, están sujetos a procesos de expulsión tanto en el Sur Global como en los países de la OCDE.

9 Ver *La desigualdad mata*, Göran Therborn, Alianza Editorial, Madrid, 2015. El título del libro (en inglés: *The Killing Fields of Inequality*) expresa fielmente la percepción política y moral que el autor tiene de las desigualdades, sus efectos y los mecanismos que las causan. Therborn alude continuamente a la magnitud de los destrozos causados por las desigualdades a escala global, la cuantificación de los mismos puede llevar al lector a visibilizar las peores catástrofes humanas aunque, sin embargo, ninguna de ella acaba en los tribunales internacionales. Esta descripción fría de los estragos provocados por el sistema de desigualdades lo encontramos cotidianamente en los informes de organismos internacionales o en muchas crónicas periodísticas que describen crisis humanitarias o también condiciones de vida infrahumanas pero que no se enmarcan en ninguna crisis global sino que son parte de la rutina que encadena la vida de centenares de millones de

autor proporciona el dato de que de los más de 50 comités de investigación de la Asociación Internacional de Sociología ninguno estaba específicamente dedicado al estudio de la desigualdad, hasta que el Congreso de la Asociación de 2014 marca un cambio ya que se dedicó monográficamente a la desigualdad: “Frente a un mundo desigual: retos para una sociología global”. El reenfoque de la desigualdad desde la ciencias sociales de los últimos años queda reflejado también, entre otros indicadores, en el incremento de las publicaciones universitarias dedicadas monográficamente al estudio de las desigualdades que entre 1992 y 2013 se ha multiplicado por cinco, aunque éstas focalizan su mirada en las desigualdades de los países de capitalismo avanzado<sup>10</sup>. La valoración que hace Therborn sobre el compromiso actual de las ciencias sociales con el tema de la desigualdad, de la sociología en particular, se entiende mejor si se fija la mirada, principalmente, en las instituciones que conforman el campo académico “clásico” en su conjunto.

Pero también cabe señalar, como excepción a esta prevalencia que se extiende dentro del mundo editorial y académico, la existencia –de siempre– de diversas tradiciones críticas que fundamentan su trabajo en el análisis de las desigualdades y en el estudio y documentación de los múltiples daños que

---

personas. Lo que debería ser conceptualizado como crimen económico contra la Humanidad provoca más daños y devastaciones que las guerras y conflictos civiles, pero la cadena causal se diluye en el mecanismo económico. Therborn, por ejemplo, compara los daños provocados por la irrupción del capitalismo en Rusia y su área de influencia en la década de 1990 y la manera en que se aceptan de forma silenciosa y normalizada dichas muertes actualmente con la credulidad hacia las explicaciones dadas por el estalinismo de los efectos terribles de la colectivización estalinista: “la aceptación silenciosa de estas nuevas muertes sistémicas entre los liberales y conservadores mundiales en los noventa, en plena ‘era de la información’ dominada por los medios de comunicación, resulta más sorprendente que la ingenua incredulidad de los comunistas y admiradores soviéticos en la década de los treinta, mucho más aislada en términos de información” (páginas 18-19). La insistencia de Therborn en los efectos asesinos de las desigualdades sistémicas conecta, por un lado, con una valoración moral de la actividad económica y los arreglos distributivos a escala de cada sociedad y a escala global y, por otro lado, con la lectura lúcida y comprensiva de la dinámica social y de las estructuras sociales en las que se entre tejen las desigualdades. La conexión entre sistemas de desigualdades y la idea de *crimen económico contra la humanidad* empieza a tomar forma en los foros de activación de la opinión pública global, en la publicitación de informes de organismos internacionales, en los nuevos énfasis con que se abordan el estudio de las desigualdades desde una parte de las ciencias sociales y en la perspectiva de parte de la información periodística.

10 El 80 por ciento de estas nuevas publicaciones hablan del Norte, quedando el Sur Global mucho más invisibilizado (*World Social Science Report 2016: Challenging Inequalities: Pathways to a Just World*, Unesco, París, 2017, págs. 346-350).

genera el capitalismo, y lo han hecho con independencia de las tendencias y modas. En América Latina el movimiento intelectual conocido como Teoría de la Dependencia, que fue un intento de revisar críticamente la forma de entender la historia y los mecanismos de conexión con el capitalismo de las sociedades latino americanas desde perspectivas multidimensionales, se articuló íntegramente sobre los clivajes de desigualdad a escala de las sociedades y global. El enfoque Centro-Periferia, vinculado al grupo intelectual de la *Montly Review*, analizó los mecanismos de poder global responsables de mantener a gran parte de la población mundial en situación de extrema pobreza. En Europa, las tradiciones de estudio crítico de las sociedades en gran medida se basaron en el estudio de la producción de desigualdades, en los mecanismos generadores de disparidad social, aunque hasta los años 70 el enfoque fue tributario de una lógica de “progreso social” que enmarcó toda la *cuestión social*.

Ahora, en el contexto de la Gran Recesión, la información no sólo, ni principalmente, reporta sobre la pobreza lejana del “Tercer Mundo”, tan fácil de manejar política y comunicativamente. No es la pobreza de territorios social y geográficamente lejanos sino de lo que ocurre aquí y ahora<sup>11</sup>. Se trata de las imágenes que surgen y que se proyectan desde el propio cuerpo social de los países de capitalismo avanzado. Es la desigualdad que una parte de la población vive cercana y cotidianamente, y que se hace visible para la mayoría, no sólo ni principalmente, en la medición estadística estándar sino, sobre todo, en las imágenes de supervivencia que van redefiniendo el espacio urbano de la época de la Gran Recesión.

La globalización económica, la deslegitimación política y cultural del Estado del Bienestar y el deterioro de las condiciones de vida de segmentos cada vez más amplios de las sociedades de capitalismo avanzado han reintroducido así el tema de la desigualdad en el debate público y en el núcleo de los conflictos

---

11 La dinámica del capitalismo siempre ha creado fuertes polarizaciones de ingreso y de acceso a bienes socialmente valiosos que dan lugar a territorios, sociedades y grupos sociales que viven en condiciones radicalmente diferentes. Estas diferencias, en ocasiones abismales, determinan una determinada estructura de clases y una división de las sociedades a escala global. La terminología al uso hasta los inicios de la última fase de globalización económica era “Norte/Sur” y también “Centro/Periferia”; una forma de representar sobre una matriz geográfica un clivaje estructural del capitalismo. En las zonas “periféricas” del capitalismo, la pobreza y las diferentes formas de marginalidad que la acompañan han sido el patrón en que se desenvuelve la vida social, aunque las mejoras o regresiones en ocasiones han seguido un curso parcialmente diferente al seguido en el capitalismo del Centro.

redistributivos. La *inseguridad social* (tal y como la define Robert Castel) como nueva pauta hegemónica que envuelve la vida de segmentos crecientes de las sociedades que otrora se sentían dentro de los límites previsibles y “seguros” del progreso y bienestar no para de extenderse abarcando círculos concéntricos cada vez más amplios<sup>12</sup>. Esta precarización de crecientes segmentos de población, con las consiguientes fracturas sociales, junto al incremento de las disparidades sociales y la redistribución regresiva del ingreso conforma el marco de los conflictos que, además de la confrontación directa, tienen un nítido trasfondo ideológico, cultural e intelectual.

Y por todo esto es por lo que el sistema comunicativo se ve obligatoriamente interpelado por el clivaje político/económico de la desigualdad social. La desigualdad es un hecho social incontrovertido, aunque se explique de muy diferentes maneras, y se valore en términos radicalmente opuestos. Pero, como veremos, la forma en que los medios de comunicación y los periodistas abordan esta cuestión no difiere mucho de cómo proceden los medios académicos o políticos. En conjunto ofrecen un reconocimiento más o menos explícito de la situación, seguida de valoraciones dispares y explicaciones causales –si es el caso de que se abordan– muy variadas.

---

12 Ver *La inseguridad social: ¿Qué es estar protegido?* Robert Castel. Manantial, 2004, Buenos Aires. Castel señala el acceso a la propiedad social y la construcción de un sistema de mutualización de riesgos sociales como la vía de acceso para la mayoría de la población a la ciudadanía social. Un nuevo estatus que reduce desigualdades y reequilibra parcialmente la estructura de oportunidades de las mayorías (ocurre en los países de capitalismo avanzado, pero también funciona como tipo ideal de progreso en otras zonas del sistema mundo, como es el caso de los embrionarios sistemas de bienestar que se impulsaron tempranamente en los países del Cono Sur de América Latina). En la conceptualización de Robert Castel sobre el cambio social, esta evolución se valora como una condición primaria para la expansión y profundización de la democracia. Una dinámica clara de democratización. Por el contrario, el marco actual de aguda regresión social cumple en términos macro sociales el papel inverso. Castel analiza esta evolución en el que fue su último libro como un proceso sistemático de desafiliación social segmentada y localizada en colectivos en los que reaparece con fuerza la divisoria étnica/racial imponiéndose a la lógica ciudadana de la sociedad francesa. Castel ilustra el proceso de construcción de la peligrosidad de algunas clases y grupos sociales que amenazan la “buena convivencia” y que concitan las pulsiones inculpatorias del sistema hacia esta parte de la población con la problemática de los suburbios. Irónicamente, 10 años después del análisis de Robert Castel, el ex Primer Ministro de Francia, Manuel Valls, afirma, a raíz de los atentados de la revista *Charlie Hebdo*: “hemos construido un *apartheid* territorial y social en los suburbios de Francia”.

## El campo periodístico como actor del sistema de desigualdades

El campo periodístico en su conjunto ha normalizado el tema desigualdad y lo encarna así en las agendas mediáticas como un contenido de alto interés informativo, en gran medida independientemente de la orientación ideológica del medio.

Cabe decir que la ideología del medio, en el actual contexto comunicativo y tecnológico, no incide de forma determinante en la publicitación de “los datos” de la desigualdad, de la pobreza o de las formas de marginalidad social. Sin embargo, toda la construcción cultural y periodística del tema se guía por un claro patrón político e ideológico. La información sobre la pobreza, las desigualdades y la segmentación social es un espacio de confrontación ideológico y una arena de lucha política y de valoración de las orientaciones de las políticas públicas. La publicitación de datos y de situaciones sociales que emergen de las desigualdades se enmarca así en una aguda lucha política de carácter partidista que se desarrolla en los medios y en la cual se construyen culturalmente imágenes y representaciones sociales de la desigualdad que pueden ser radicalmente opuestas, aunque surgen de los mismos datos y hechos sociales. Esto probablemente ha favorecido a que en este momento el ocultamiento de la información aun siendo todavía un problema real, lo es hoy en menor medida, sobre todo si éste se pone en relación al que representa el nivel de acceso y el nivel de conocimiento reales de los hechos por parte de la ciudadanía. Más allá de la publicitación de datos y del número de ítems y espacios dedicados a la información sobre la desigualdad, lo más significativo que se está produciendo es la solidez del consenso en el campo mediático para representar la pobreza, la riqueza y de la desigualdad sobre patrones comunes que abocan como síntesis global a *una neutralización política de la pobreza y de la desigualdad*.

Umberto Eco define la focalización extrema de la atención mediática en un tema como una *estrategia articulada de decir y de no decir*: “El ruido como cobertura. Diría que la ideología de esta censura a través del ruido se puede expresar en términos wittgensteinianos, diciendo: de lo que hay que callar, se debe hablar muchísimo” (“Velinas y silencio”, en *Construir el enemigo*, Barcelona, 2012).

Veamos toda esta articulación político-simbólica que realizan los medios mediante la valoración de algunos ejemplos concretos relativa a esta la desigualdad “mediatizada” (esto es, la desigualdad reelaborada como producto mediático):

- En España, por ejemplo, la penosa conceptualización “nini” (personas que estando en edad activa ni estudian ni trabajan) utilizada para describir una grave segregación social de una parte de los jóvenes de clase baja, jóvenes con escasísimas oportunidades vitales para desarrollar su vida, proporciona un ejemplo paradigmático del rol de los medios en la construcción social de los imaginarios de la desigualdad con su correlato político e ideológico. El “concepto” *nini* resulta de gran eficiencia comunicativa. Requiere escasa explicación y abre un espacio muy grande a la industria comunicativa para mostrar el auto abandono de los individuos, de sus familias y entornos sociales. Funciona como diagnóstico rápido de las causas de la segregación social. Y enmarca el abordaje político del problema: la pobreza es un problema de los individuos y, por tanto, se puede superar cambiando comportamientos, “trabajando la pobreza”. Esta es una manera de practicar, política y comunicativamente, lo que J. Kenneth Galbraith definió como “el arte de ignorar a los pobres”. La ideología del medio y de los/as periodista determina así que un mismo hecho sea presentado de una u otra manera con resultados informativos y de construcción de relato social radicalmente diferentes. La abrumadora mayoría de informes periodísticos publicados sobre este tema clave no han sido más que *ruido*, en el sentido que Eco da a esta expresión, generador de desinformación y constructor de estereotipos descalificadores sobre grupos de población que ocupan la parte baja de la pirámide social. Se habla y se publicita al extremo el auto abandono de individuos indolentes, al tiempo que hay escasa mirada crítica a los mecanismos causales, a la responsabilidad de la política pública (en España en los momentos de desempleo juvenil más agudo, los responsables políticos no son capaces de planificar la ejecución íntegra de los recursos provenientes de la Unión Europea para formación; estos mismos recursos han sido depredados por organizaciones políticas, patronales y sindicales, en torno a estos recursos se han construido prósperas industrias dedicadas a la “formación”) y de los actores políticos y económicos. El resultado de este tratamiento periodístico, del que participan también las televisiones públicas, es la censura y la construcción de barreras de protección de las élites organizativas al quedar éstas desresponsabilizadas de una situación que supuestamente viene definida por “la naturaleza de los propios individuos”. La desinformación de la población en general, y de las personas concernidas en particular, acerca de un hecho social tan importante como es la

segregación social de parte de la juventud de clase baja es otro de los efectos políticos y comunicativos de este tratamiento periodístico dado a una de las manifestaciones características de la *nueva pobreza*.

- El periodista y ensayista británico Owen Jones realizó un brillante análisis de construcciones mediáticas similares producidas en Inglaterra durante las últimas décadas. Jones revisa la construcción social de las clases sociales bajas a través de los imaginarios sociales y constructos culturales (los *chavs*) que elaboran los medios de comunicación dominantes y que encierran a grupos enteros de población en imágenes construidas con elementos ciertos sacados de sus identidades, de sus estructuras de oportunidad sus condiciones de vida y el lugar que ocupan en la estructura socio urbana. (*Chavs: la demonización de la clase obrera*. Capitán Swing, Madrid, 2013.).
- Desde la sociología política, Patrick Champagne<sup>13</sup> ha analizado procesos similares de estigmatización de colectivos encerrados en espacios con doble llave. La primera, las propias condiciones de vida y la percepción social del grupo y de sus condiciones vitales por parte de la sociedad en su conjunto. Un camino de segregación en cuanto se comunica el lugar en que se vive o de donde se es originario. La segunda llave, es más simbólica y cultural pero sus efectos inciden igualmente en el aislamiento social y en la segregación. El tratamiento periodístico dado a los conflictos (reales y también, algunos de ellos, alentados por los medios y la representación mediática del malestar) del barrio y la propia dinámica interna de la colectividad devenida una valiosa mercancía mediática incide en la marginación, la desesperanza y, eventualmente, en el “auto abandono” de algunos segmentos del colectivo o la emergencia de formas de identidad colectiva transgresoras o disfuncionales con las pautas de convivencia ciudadana.

La valoración que puede hacerse de esta atención mediática deja, sin embargo, un balance ambiguo según sean los componentes del campo que se analizan. Es manifiesto que la desigualdad social, y más en general el sistema de desigualdades, que estructura hoy la sociedad ha devenido un yacimiento de noticias, un terreno fértil para captar temas y contenidos. El tratamiento que se

---

13 Ver “La construcción mediática de malestares sociales”, en *Voces y culturas: Revista de comunicación* nº 5, Barcelona, 1993.



da a los temas y la mayor o menor capacidad del campo periodístico en su conjunto –y, específicamente, de algunos de los que fueron sus principales componentes tales como la prensa de referencia o las televisiones públicas– para abordar de forma crítica y objetiva estos hechos<sup>14</sup>, en definitiva, su

---

14 La idea de *objetividad* en el periodismo ha sufrido una profunda crisis de legitimidad en las últimas tres o cuatro décadas. La distancia entre la descripción de los hechos sociales realizada por los informadores y la realidad en reiteradas ocasiones es manifiesta. Las explicaciones de este hecho son múltiples y están en la raíz de la crisis del periodismo y se relacionan con la transformación del sistema político y de las formas mediadas que adoptan la competencia política y los conflictos sociales. La información es un campo de batalla no sólo político sino que también concierne a todos los conflictos redistributivos y a los temas que orientan el cambio social y cultural. El “periodismo” realmente existente se aproxima al tema a través de mediaciones de redes de influencia económicas, políticas e ideológicas culturales de las que puede ser tributario el medio o el mismo informador. Esta evolución constituye un clivaje central de la sociología del periodismo moderno y, en tanto tal, su evolución se enraíza en la transformación del oficio, en los cambios en las estructuras de poder de la industria comunicativa y en evoluciones culturales y tecnológicas que definen las expectativas de los públicos respecto de la información y la definición de la función social de los medios. La institución universitaria en la que se forman mayoritariamente los periodistas no ha problematizado esta evolución que conduce al periodismo a un callejón sin salida. La Universidad ha sido más bien un actor –consciente o inconscientemente– de esta huida hacia adelante al abandonar su función formadora e intelectual y, con ello, plegarse a las mediaciones que surgen de la industria, olvidándose de las demandas sociales que emergen de la función social de la información y de las estructuras y oficios que la producen. La conclusión es que si, por las razones que sean, la información siempre será una versión parcial e interesada de los hechos, el periodismo como oficio tenderá a encerrar su alcance social, político y cultural en límites cada vez más estrechos. Si proyectamos los mismos argumentos que pretenden fundamentar la imposibilidad de un mínimo de objetividad en el periodismo, por ejemplo, al trabajo –a las condiciones sociales y culturales en que se realiza– de los científicos sociales, veremos que en tal caso no habría tampoco recorrido alguno para las ciencias sociales. Éstas no tendrían ningún sentido, ni podrían existir en tanto que ciencias de la sociedad. El trabajo de los científicos sociales evidentemente se da en un marco de influencias y limitaciones que también acusa el impacto de las estructuras de poder; también la ciencia social tiende a ser transformada en un campo de batalla dentro del conflicto cultural simbólico. Y en numerosas ocasiones su producción se materializa en una simple herramienta para legitimar una toma de decisiones políticas o una evolución estratégica. La Economía –como ciencia social– es paradigmática, aunque todas las demás ciencias sociales también reciben estas influencias. Esto es un hecho estudiado, documentado y que puede ser explicado a partir de un conjunto de causas conocidas. Pero, concluir, a partir de esta constatación, que las ciencias sociales sólo pueden ser versiones interesadas de los hechos estudiados tiene el efecto de dismantelar la base misma que fundamenta el estudio sistemático del mundo social. La crítica más radical a la visión que limita el campo del periodismo a un conjunto de versiones no contrastables de los hechos (“relatos” que describen hechos sociales aunque la conexión con su esencia sea superficial o, en el extremo, inexistente, a partir de las cuales las personas deberían buscar, en el mejor de los casos, un especie de término medio o bien, en el peor, adscribirse a una versión de los hechos) proviene del trabajo

capacidad para proporcionar información, es muy cuestionable. El periodista y ensayista Sergio González Rodríguez hace una descripción muy lúcida de esta situación en la sociedad mexicana actual, una valoración en lo esencial válida para muchos otros lugares: “Los medios [en México] han perdido poco a poco la pista de sus obligaciones en torno al oficio de hacer preguntas, ya sean estas pertinentes o impertinentes. Asimismo, se ha declinado el deber de investigar a fondo, de establecer rutinas de escrutinio y prospección, en cambio se privilegia el límite noticioso –botín electrónico de gran rapidez–, muchas veces dictado a través de gacetillas, boletines o contubernio con la llamada ‘fuente’, en la que se establece una meritocracia periodística. [...] Se dibuja allí un nuevo clientelismo en el gremio, complemento ideal del corporativismo mediático”<sup>15</sup>.

### **La información en las batallas de opinión pública sobre las desigualdades**

El tratamiento periodístico de los temas se inscribe en determinados cuadros explicativos de la pobreza y la riqueza, de la desigualdad y sus mecanismos causales. En la elección de estos cuadros se juega una batalla soterrada de opinión pública que moviliza ingentes recursos de actores económicos, sociales, políticos, mediáticos. El campo en que se desarrolla esta batalla se ha hecho crecientemente complejo, sin embargo también parece más abierto por el surgimiento de nuevos actores que interactúan con los medios y los periodistas y que buscan su mediación para incidir en la ciudadanía y en el sistema político.

La producción y distribución de información sin adjetivos –un bien necesario para **saber** y para situarnos como ciudadanos en relación a lo que son nuestros intereses y poder participar en la vida pública– es una condición imprescindible

---

cotidiano de periodistas que respetan un cierto contrato social cultural, implícito, que se inscribe en una definición de la función social del periodismo –más que de los medios de comunicación– en una sociedad democrática.

15 “El periodista como historiador del presente: la investigación alterna”, Sergio González Rodríguez” en revista electrónica *En Portada*. Sergio González ha documentado e investigado los feminicidios de Ciudad Juárez y en general las guerras “de baja intensidad” contra las mujeres de clase baja que se desarrollan en el Sur Global. Es autor del libro *Huesos en el desierto* (Anagrama, Barcelona, 2002) que documenta el feminicidio de mujeres jóvenes procedentes de la inmigración y que conforman la fuerza de trabajo de las zonas de industrialización intensiva de Ciudad Juárez, en la frontera mexicana estadounidense.

de la democracia, pero que no se cumple o está muy deteriorada. Paradójicamente, es un bien tanpreciado como escaso. Esta carencia vital, sin embargo, no se distribuye aleatoriamente por el cuerpo social. También está marcada por el clivaje de poder implícito en la estructura de clases. Todo ello tiene que ver directamente con el acceso a la educación, que asegura, o no, para cada individuo (insertado en su clase) la posibilidad de tener una percepción nítida del cuadro de intereses vitales en que se desenvuelve su vida; en definitiva, tanto las opciones de vida como la percepción de sus implicaciones están a la par, esto es, muy desigualmente distribuidas.

El campo comunicativo en su conjunto se erige así como un actor clave de las desigualdades por una doble vía:

- La primera vía se desarrolla directamente, como derivada del simple hecho de que los medios se constituyen en uno de los escenarios privilegiados de la batalla política y cultural acerca de la política pública que reduce o, contrariamente, acentúa las desigualdades de todo tipo. Esta batalla se desarrolla siempre en dos fases. Una de carácter más estratégico, que se mueve en el largo plazo y que apunta directamente a la concepción global de la sociedad y se operativiza a través del cambio del sistema de valores. Otra más contingente, que se inserta en el trasfondo redistributivo del conflicto político, laboral y social. Los medios, el periodismo y el campo comunicativo en su conjunto ejercen así un papel de mediación clave y cargado de consecuencias para la vida social y del contenido y calidad de la democracia. Lo que los medios de comunicación son capaces de establecer como diagnóstico de las desigualdades, de las condiciones que las articulan y que afecta a los distintos grupos y clases social, de sus causas, etc., tiene la máxima importancia para el desarrollo de todos los conflictos redistributivos o de origen material, pero también tiene una dimensión simbólica y moral. Porque la información que suministran los medios (junto con el mundo de la educación y del conocimiento) configuran las condiciones culturales (implicadas en la percepción de la realidad y en la orientación moral que de ésta se deriva) por las que se activan, o no, la posibilidad y la aspiración de la justicia social, es decir, la información de los medios interviene en la configuración del perfil ético de cualquier dinámica social.

Esta primera vía tiene un carácter sutil, poco visible, y que consiste en lo que la filósofa y ensayista estadounidense Nancy Fraser considera como

un proceso en el que se conforma la “doble injusticia” que padecen aquellos grandes grupos sociales y colectivos con escasa capacidad para incidir e imponer su propia definición de las condiciones y expectativas vitales. Es lo que ella denomina un proceso de *victimización por desenmarque*<sup>16</sup> y que, según la misma autora, produce una de las injusticias, que es característica del presente. En palabras de Fraser: “las luchas contra la imposición de marcos injustos revelan un nuevo tipo de déficit democrático. Si la globalización ha hecho visibles las injusticias del des-enmarque, las luchas transformativas contra la globalización neoliberal están haciendo visible la injusticia de una representación fallida metapolítica”. Para Nancy Fraser, en gran medida el problema de la democracia es el carácter *no democrático* del proceso de establecimiento del *marco* (material y simbólico, de condiciones y significados), en particular en relación a cuestiones vitales para la población. Grupos amplios de población que son víctimas de las dinámicas del capitalismo y cuya situación se explica socialmente como producto de su propia actuación, de sus errores, de decisiones equivocadas<sup>17</sup>. Forman parte de este proceso de enmarcado (o del

16 Ver *Escalas de justicia*, Nancy Fraser. Herder, Barcelona, 2008.

17 Los efectos sociales que produce el tratamiento periodístico dado a las desigualdades son amplios y complejos y no pueden caracterizarse de manera unívoca. Además, estos efectos se producen a través de múltiples mediaciones que implican tanto a los campos político, social y comunicativo. Esta interacción de lógicas sociales diferentes se da en un proceso de conflicto simbólico e ideológico que engarza múltiples clivajes. Los actores sociales ven en el campo comunicativo un terreno privilegiado para echar los cimientos de problemas públicos vinculados a la extrema pobreza o las desigualdades, los actores políticos dan aquí también su particular batalla en torno a la responsabilidad política de la pobreza y la lucha simbólica por imponer su particular diagnóstico de la situación, por identificar sus causas y soluciones; finalmente, los propios actores del campo comunicativo se sitúan en relación a esto con mediaciones que desbordan los puros criterios de interés informativo. En España podemos examinar la forma en que un *tropo* noticioso vinculado a la extrema pobreza ha acabado transformándose en espacios de contienda política con múltiples efectos: la “pobreza energética”. Los efectos políticos y sociales que tiene el tratamiento periodístico dado a estas cuestiones son innegables, aunque resulta mucho más difícil establecer un balance de los efectos de justicia restaurativa –en el sentido que Nancy Fraser da a esta expresión– que pueden producir. Por ejemplo, la difusión pública de una manifestación de la extrema pobreza, como es la incapacidad de abrigo en el hogar, contribuye a sensibilizar y a informar a la opinión pública sobre la dimensión que adopta la desigualdad en el contexto de la Gran Recesión. Al mismo tiempo, crea un espacio de juego político hecho a la medida de algunas políticas públicas que abordarán el tema con la misma lógica de acontecimiento mediático. Se activa un programa para atender la “pobreza energética”, con una dotación económica menor e incapaz

*desenmarque* que favorece la injusticia de la doble victimización) los argumentos que se han construido y difunden para dar cuenta de la razón de la existencia de “los ganadores” y “los perdedores” del capitalismo. El sociólogo François Dubet señala a la relativización de las clases sociales en el análisis más clásico de las desigualdades como uno de los elementos clave que inciden en esta descripción atomizada de la sociedad. Porque aunque las imágenes de la pobreza global son múltiples, todas se presentan disociadas de las estructuras y mecanismos sistémicos que las producen: en ellas hay “excluidos”, “vulnerables”, o “desaventajados”, pero ninguno de ellos queda insertado en las condiciones estructurales que los condenan (la estructura de clases y la estructura de poder del sistema capitalista). Dubet señala, además, la segmentación, a efectos de análisis del sistema de desigualdades, que genera abordar su estudio dejando de lado la estructura social de cada una de las sociedades que se intenta describir. “Cada sociólogo deviene especialista y propietario de

---

de modificar nada estructural, pero con el beneficio político de poder proyectar hacia la opinión pública un “activismo administrativo” que se ocupa de un tema que golpea la conciencia moral de la ciudadanía. Esta modelización (que permite miniaturizar la política social) facilita incluso a los grandes actores económicos directamente concernidos en el suministro de estos bienes presentar y publicitar sin coste real su mejor cara de sensibilidad social. Una crítica radical de esta formulación, que va más allá de un mero “relato de la pobreza”, en la que participan tanto los actores sociales como los grandes actores políticos y económicos, la hemos encontrado en el texto de una pancarta en una protesta social: “No sufrimos pobreza energética, ¡somos pobres!” La estrategia política que segmenta los problemas sociales a fin de poder abordarlos con la lógica de la asistencia social del siglo XXI (ver “La asistencia social en el siglo XXI”, Marie Lavinas, *New Left Review* n°84, Madrid, 2014) opera en un espacio plenamente funcional con la lógica mediática y con la idea misma del *acontecimiento*, tanto cuando éste se genera en la dinámica política (la pugna por definir políticamente lo que según unos u otros actores debe ser la atención a la pobreza energética, o quienes son responsables de que exista pobreza energética) como cuando el acontecimiento se genera en la misma situación de precariedad y pobreza y aboca a una tragedia. Esta estrategia de segmentar las dimensiones de la pobreza y de las desigualdades (la asistencia social en el siglo XXI) otorga una enorme ventaja a los grandes actores políticos y económicos que pueden mostrar así, con pocos costes reales y sin modificar nada estructural, una actitud sensible y preocupada por los daños colaterales que van dejando sus propias estrategias económicas y políticas. Esta política requiere para tener éxito la colaboración activa del campo mediático y una intensa actividad de comunicación institucional para publicitar las acciones desarrolladas. El combate contra la “pobreza energética” u otras manifestaciones de la desigualdad deviene así en muchos casos la lucha por construir una imagen corporativa valiosa de los actores políticos y económicos responsables de la existencia de “pobreza energética”.

una desigualdad que rápidamente compite con otra”<sup>18</sup>. Esta crítica apunta a la extrema segmentación de las ciencias sociales y a la construcción de espacios acotados (una especie de feudalización de la esfera académica que aparece segmentada con sus respectivos cuerpos de especialistas y programas de investigación), lo que pavimenta el trabajo de los actores políticos para “enfrentar la desigualdad” con una panoplia de programas en un marco que define la pobreza aislada de la riqueza, separada de sus mecanismos sociales. En este sentido, el mundo académico colabora con las estrategias particulares del campo mediático, por las que el tratamiento de los hechos sociales desde la perspectiva del acontecimiento-noticia, así como la estrategia informativa, que sigue una lógica circular, contribuye a generar un único y nuevo marco interpretativo que retroalimentan actores políticos, económicos y mediático-intelectuales, y que se expande desde los medios. El resultado de este proceso es la construcción de un núcleo de consenso (sobredimensionado y fortalecido) y es el que se va a servir, por parte de todos o por la sociedad entera –incluidas las víctimas de la exclusión y la vulnerabilidad– para interpretar los hechos.

- La segunda vía tiene que ver con las condiciones segmentadas e hiperjerarquizadas de acceso a la información. Se habla vulgarmente del *espacio público mediático* para definir un campo construido desde los parámetros de poder, organizado jerárquicamente y búnquerizado por innumerables barreras de entrada. El libre acceso a la información es en realidad un tipo ideal que solo se materializa asumiendo todas las contradicciones generadas por las mismas desigualdades que estructuran el sistema social. Las desigualdades económicas y culturales son las más manifiestas, pero no son las únicas. Todo el sistema de desigualdades se proyecta en el campo comunicativo y segmenta las condiciones de acceso hasta el punto de que estos sistemas articulados de filtro y asignación de espacio y de rol generado por la industria comunicativa se transforman, en sí mismo, en un factor de reproducción ampliada de todo el sistema de desigualdades. La sociología de la opinión pública muestra de forma descarnada como a través de la segmentación de lo que conceptualiza como *públicos* se asigna jerarquizadamente el acceso comprensivo a la voz y a la opinión; a la información y al

---

18 Ver “Classes sociales et description de la société”, François Dubet. *Revue de Socio-Economie*, París, 2012.

conocimiento de cuestiones básicas para la defensa de sus intereses más directos, sobre todo cuando se relacionan con su condición social<sup>19</sup>.

El tratamiento periodístico dado en España (y otros países europeos que tenían fábricas textiles en Rana Plaza) al gran accidente laboral ocurrido en Bangladesh el 24 de abril de 2013 constituye un ejemplo paradigmático de acceso segmentado a la información y de los efectos desinformadores que provoca la separación de acontecimiento, causas y contexto. Los relatos estremecedores de la tragedia (ampliamente publicitados) se desconectan de la acción estratégica de los actores principales (las grandes empresas textiles que operan en el mercado global y que utilizan la fuerza de trabajo de las zonas de industrialización intensiva ZII). No sólo se desresponsabilizan, sino que, paralelamente, son celebrados sus éxitos económicos sin ninguna operación de reconexión de éstos (los mega beneficios) con las condiciones infrahumanas en que se organiza la producción y los desastres humanos que habitualmente producen. Los efectos comunicativos y políticos de este tratamiento periodístico se traducen en una injusticia “de marco” (esto es, una injusticia de segundo nivel que se ejecuta por la vía de la simbolización y el significado) cuyas víctimas son las mismas que padecen la explotación en las ZII, pero ahora reduciendo y simplificando lo que les acontece al simple acontecimiento noticia. Pero de esta injusticia “de marco” también es víctima aquella parte de la población que carece de los códigos necesarios para valorar el alcance de responsabilidades y que no puede, por tanto, cruzar la información del acontecimiento y de sus causas con sus propias decisiones como consumidor/ra. De esta injusticia “por enmarcado” se sirven los actores políticos al situar el acontecimiento y su cuadro de responsabilidad en un espacio indefinido y que funciona con una jurisdicción incierta en la cual éstos no pueden incidir.

---

19 Ver *La opinión pública: Teoría del campo demoscópico*, Giorgio Grosi. Centro de Investigaciones Sociológicas, CIS, Madrid, 2007. Ver también el interesante trabajo de Pierre Rosanvallon de impulsar mecanismos democratizadores de la formación de la voz a través de un proyecto web que incide en la democracia narrativa. De otra manera, y si no hay muchos impulsos como éste, ¿cómo se pueden explicar los que no tienen voz y no disponen de los códigos culturales para hacerlo? El proyecto emplea metodología abierta y la elaboración de “talleres” de relatos autónomos sobre la condición social de los que tienen escaso peso en la formación de la opinión pública y poca competencia para explicitar su cuadro de intereses vitales (raconterlavie.fr). Este es un modesto intento de reequilibrar una de las relaciones más asimétricas que existen. *El parlamento de los invisibles*, Pierre Rosanvallon. Hacer Editorial, Barcelona, 2016.

Para los grandes actores económicos concernidos, los efectos de este tratamiento periodístico son netamente e insospechadamente beneficiosos. Primero, porque la vía de la desresponsabilización es claramente rentable: elimina los potenciales costos con que se deberían sufragar los daños causados a los primeros implicados, las víctimas directas; a los segundos, su entorno familiar, y a los terceros, ya sea el medioambiente, la población de un país o la población entera del planeta. Segundo, porque se buñqueriza informativamente su aurea de empresariado de éxito. La continua publicitación de éxitos empresariales, proyectos y beneficios, puesta en valor de decisiones estratégicas o incluso la presentación de acciones solidarias o benéficas por parte de estas megacorporaciones hace que difícilmente se vean empañadas por los “acontecimientos”, como ha ocurrido en el caso de Rana Plaza que hemos apuntado.

En el conflicto en torno a las desigualdades que se da en los planos político, simbólico, ideológico y de opinión pública podemos reconocer hoy actores nuevos que operan en diversas escalas geográficas y culturales y que contribuyen activamente a visibilizar la magnitud de las desigualdades y la lógica de los mecanismos que las producen. Esta acción estratégica tiene múltiples efectos democratizadores al problematizar y re politizar la pobreza y las desigualdades. Al abrir el mecanismo de creación de marcos, al trasladar a la opinión pública global el tema de la pobreza y de las políticas que la crean, al politizar cuestiones presentadas como desastres naturales (los centenares de miles de muertes que cada año produce la contaminación industrial, las hambrunas, las expulsiones masivas de población por cambio climático o la reorientación productiva de la agricultura) incide en las dinámicas democratizadoras en el sistema global de sociedades.

## BIBLIOGRAFÍA

- Castel, R. *La inseguridad social ¿Qué es estar protegido?* Manantial, Buenos Aires, 2011.
- Dubet, F. Classes sociales et description de la société. *Revue de Socio-Economie* 10, París, 2012.
- Eco, H. *Construir el enemigo*. Lumen, Barcelona, 2012.
- Fraser, N. *Escalas de justicia*. Herder, Barcelona, 2008.





- Grossi, G. *La opinión pública: teoría del campo demoscópico*. CIS, Madrid, 2007.
- Harvey, D. *Ciudades rebeldes: del derecho de la ciudad a la revolución urbana*. Akal, Madrid, 2013.
- Jones, O. *Chavs: La demonización de la clase obrera*. Capitán Swing, Madrid, 2012.
- Lavina, L. La asistencia social en el siglo XXI. *New Left Review* nº 84, Madrid, 2014.
- Paugan, S. *Las formas elementales de la pobreza*. Alianza Editorial, Madrid, 2007.
- Sassen, S. *Expulsiones. Brutalidad y complejidad en la economía global*. Katz, Madrid, 2015.
- Streeck, W. *Comprando tiempo: la crisis pospuesta del capitalismo democrático*. Katz, Madrid/Buenos Aires, 2016.
- Therborn, G. *La desigualdad mata*. Alianza Editorial, Madrid 2015.
- Zaller, J. *La naturaleza y los orígenes de la opinión pública*. CIS, Madrid 2014.
- Zeller, C. Los medios y la formación de la voz en una sociedad democrática. *Anàlisi* 26, Bellaterra, 2001.